

CAPITULO CLX.

Leyenda histórica. El Adelantado D. Pedro de Alvarado; algunos rasgos de su vida; su expedición á Guatemala; su casamiento con Doña Beatriz de la Cueva; su expedición á las islas de la Especiería, y conferencia que con tal motivo tuvo con su familia; su muerte; impresion que causó la noticia, y como fué comunicada á su esposa; le sucede esta, y es nombrada Gobernadora Temporal, terremoto, y conturbacion de la ciudad en que ejercia el mando. Ruina de la Ciudad; Doña Beatriz en aquellos momentos de angustia, y como acaeció su muerte, como se salvaron sus hijos. D. Pedro Portocarrero; papel que hacia en su tiempo, y hazañas que le dieron nombradía, interés que le inspiró Doña Leonor, hija del adelantado, y afición que tenia por ella, efectos que produjo en ésta la vista del cadáver de su madre; conferencia que tuvo con Portocarrero, y resolución que tomó. Partida de D. Pedro Portocarrero.

Los conquistadores han tenido siempre en la historia un lugar distinguido, parte por sus ha-

zañas, así como por los fines gloriosos y placenteros que con ellas han legado á su patria.

Y ¿quién puede poner en duda que entre aquellos que gobernaron á Guatemala, tuvo el primer lugar el conquistador, almirante del mar del Sur, y fundador de la ciudad el Adelantado D. Pedro de Alvarado, Caballero de la Orden de Santiago? Inútil sería disputarlo.

Este valiente capitán, hijo de D. Diego de Alvarado, Comendador de Lobos en el Orden de Santiago, y de Doña Sara de Contreras, naturales de Badajoz en Extremadura; era un jóven apuesto, de un corazón hecho para las grandes empresas, y de una inteligencia apropiada para ser fiel ayuda de los movimientos de su corazón.

Desde sus primeros años sintió nacer en su interior la ambición de hacer algo, y no crecer como una planta parásita que no presta ningún servicio, y muere lo mismo que naciera; sin ser siquiera conocida.

El jóven que sentía arder de entusiasmo la sangre entre sus venas, no pudo menos que ofrecer sus servicios al Rey, y pronto sus anhelos comenzaron á tener su más perfecto cumplimiento, puesto que muy jóven partió á la Habana nombrado capitán de un navío y entró en un río que tomó su nombre.

Vuelto á Cuba, supo que allí se preparaba la

expedición de Cortéz para la conquista de la Nueva España, y entonces lleno del mas vivo entusiasmo se unió á éste, embarcándose en Febrero del año de 1519.

Cortéz conoció desde luego la hermosa presea que llevaba consigo y supo hacer de ella el uso mas empeñoso. En México fué conocida su intrepidez, y D. Fernando encomendaba siempre á D. Pedro los lances mas arriesgados, como la custodia del Emperador Moctezuma cuando lo dejó preso en su palacio, etc.

Concluida la conquista de México; el 13 de Agosto de 1521 salió D. Pedro á tomar posesion de Guatemala cuyos reyes habiáanse ofrecido por vasallos del de Castilla.

Seria sumamente largo enumerar la cadena de triunfos y conquistas que fué sucesivamente formándose en esta expedición, en la que no encontró ciertamente libre el camino, sino que en muchos puntos los indios se levantaron y hubieron varios combates hasta que por fin fundó la ciudad de Guatemala en el lugar que los mexicanos llamaron Almolonga.

En Agosto de 1526 despues de haber seguido ciñiendo sus cienes con muchos laureles de conquistas y de triunfos, vino D. Pedro á México y despues pasó á España donde fué nombrado

Adelantado, Gobernador y Capitan General de Guatemala. ¡Mas quién en la patria despues de una vida toda consagrada á tan incesantes fatigas no piensa un instante en sus momentos de descanso, en otras ambiciones no menos nobles que crecen gigantes en el corazon?

La familia; tener una esposa que con el calor de su ternura endulce todos los instantes de reposo que busca el héroe despues del combate; acariciar los rizados bucles del niño que con inmensa ternura le extiende sus pequeños brazos. ¡Ah! estos gozes llenan mas el corazon de santo entusiasmo, que el ruido de las armas y el aplauso de las victorias!

D. Pedro pensó que debia llevar á su lado una digna compañera á quien colocar con él en el alto puesto que iba á ocupar y se fijó en una hermosa jóven llamada Francisca de la Cueva, de una familia conocida por su buen nombre, aun cuando no fuese de las mas sobresalientes de España.

Llevando ya tan preciosa prenda llegó á Guatemala en Abril del año de 1530.

Entónces se ocupó en hacer nuevos descubrimientos y conquistas que lo llevaron hasta el Perú, donde obtuvo cien mil pesos.

Al llegar de nuevo á la ciudad que habia fundado encontró á su esposa muy enferma; el pe-

sar de su corazón fué grande porque la había querido bien, y así no tuvo consuelo empleando en obtener su salud cuantos recursos estuvieron á su alcance. Pero Dios sabe los días que permite vivir á cada uno, y así estando fijada la conclusión de los de Doña Francisca, ésta murió dejando un hondo pesar en el alma de D. Pedro.

No habían tenido ningún hijo, y viéndose solo en el mundo, resolvió pasar á la corte para distraer un poco su amarga pena y profundo desconsuelo.

Una vez en España como era natural, mientras por una parte se ocupaba en los asuntos de su gobierno, también por otra empleabase en visitar á la familia de su esposa con la que hacía de ésta frecuentes recuerdos.

Tenia Doña Francisca una hermana llamada Beatriz, de rara hermosura, y sobre todo de un carácter sumamente apasionado y ardiente: en el continuo trato que con ella tuvo que guardar D. Pedro en esta ocasión, no pudo menos de prendarse de sus cualidades físicas y morales, y comprendiendo que un nuevo matrimonio le curaría de su pesar, y que era muy conveniente que lo efectuase por el alto puesto que desempeñaba, después de haber pretendido por algún tiempo á

Doña Beatriz, y sabiéndose ganar de un modo completo su cariño, por fin pidió su mano que le fué desde luego concedida por la buena reputación de que gozaba y el muy alto empleo que tenía.

El interés ¡por desgracia! se ha de mezclar aun en las cosas más pequeñas, y si alguna vez él no impide la felicidad como sucediera en esta; es muy amenudo, ¡ay! el cruel verdugo del pobre corazón humano.

Efectuado su matrimonio partió para Guatemala donde permaneció algún tiempo, bien que no dejaba de hacer siempre sus pequeñas escurciones.

Con Doña Francisca no tuvo el Adelantado ningún hijo, pero con Doña Beatriz le dió la Providencia dos niños. Describir el gusto y el contento tan inmenso que D. Pedro tuvo viéndose ya padre después de haberlo anhelado antes por tanto tiempo en vano, es imposible.

Su amor por Doña Beatriz no pudo menos de duplicarse considerablemente por este suceso, y las caricias de los niños y sus purísimos besos, aliviaban al invicto capitán de las fuertes fatigas y pesares de que su vida gubernamental estaba rodeada, pues no hay duda de que por más que brille el oro al derredor del trono y parezca sonreír siempre en el el ángel de la felicidad; bajo ese brillo se ocultan las más punsantes espinas,

y tras ese angel, la imágen lugubre y cubierta de lágrimas de la melancolía.

El Adelantado lleno siempre por el calor de nuevas conquistas, puesto que á esto habia venido á la Nueva España queriendo llevar á cabo grandes empresas, formó una armada, la mayor que hasta entonces se habia organizado en el nuevo mundo compuesta de 12 navios de alto bordo y 2 menores, en ello gastó mas de doscientos mil pesos, y una vez lista su flota no pudo menos de sentir en su corazon arder con entusiasmo el deseo de la victoria y la sed de la conquista.

Sin embargo el corazon que es noble siempre, y muy amenudo nos da avisos secretos de los que rara vez nos aprovechamos designándolos generalmente con el nombre de preocupaciones y supercherías, no pudo en esta ocasion menos que tocar fuertemente el alma de D. Pedro.

Se hallaba ya listo todo para el viaje y sentia cierta tristeza mas amarga que nunca en abandonar el hogar doméstico, donde sin duda habia encontrado mas satisfacciones su corazon, que en los laureles del triunfo y la gloria del combate.

No sé por qué, decia á Doña Beatriz su espo-

sa, hoy que me veo obligado á abandonarte siento en mi corazon un pesar mucho mas profundo que el de otras ocasiones. Ciertamente es que hoy se trata de una expedicion á las Islas de la Especiería, y el viaje ó por mejor decir la ausencia, sobre ser mas larga, tiene muchos mayores peligros y contrariedades.

—No te vayas papá querido le decia la mayor de sus hijas subiéndosele sobre las rodillas y cubriéndolo de besos.

Si Pedro, replicaba Doña Beatriz, ¿por qué exponer asi tu preciosa vida y salud, dejando sumerjida á tu familia en el pesar mas profundo?

—¿Acaso no has prestado ya los mas eminentes servicios al Rey y á tu patria? ¿No has visto multiplicadas veces ceñirse tus cienes con los laureles del triunfo? ¿No has dado tierras y preciosos tesoros á nuestros Soberanos? Tiempo era ya de que gozaras de las dulzuras del hogar en calma, y te dedicaras á otra empresa no menos noble y grandiosa, la de formar el corazon de estos niños y contribuir con tus esfuerzos y consejos á su mas perfecta educacion.

—Y ¿crees que no lo quisiera con el alma? murmuró D. Pedro. Sin embargo Beatriz, hay deberes sagrados que me arrancan del lado de los seres mas queridos, y estos deberes todo el que es a su Soberano fiel tiene que llevarlos á

cabo, bien que lo haga con el corazon hecho pedazos.

—Pero ¿es acaso tan necesaria la expedicion que vas á emprender?

—Tanto, como que has visto Beatris los grandes gastos que se han tenido que hacer en la construccion de la flota; ninguna embarcacion hasta hoy tan numerosa como esta, se ha visto en nuestras Américas.

—Y vendrás pronto papá preguntó Doña Leonor hija de D. Pedro, aunque pequeña en años sumamente desarrrollada en la naturaleza.

—Sí hija querida, yo cuento no tardar mucho, y haré lo posible por que así sea, pués siento hoy mas que nunca que me falta el valor de abandonaros, y que mi corazon me retiene cerca de vosotras.

—¡Ay papá! el corazon es profeta segun dicen, y si el tuyo así te avisa, debes seguir sus consejos.

—No creas Leonor, que olvide tus observaciones; pero no quiero por mas tiempo prolongar esta escena llena de sufrimientos y de lágrimas; ¡ah! venid todos á mis brazos antes de que os abandone.

—Bendice á tus hijos como lo has hecho siempre, exclamó Doña Beatris haciendo que se postrasen á sus piés los niños.

Entonces D. Pedro elevando al cielo sus ojos bañados en lágrimas, los bendijo de un modo extraño; es decir, con una ternura y una conmocion que no habia tenido en otras ocasiones; despues los levantó el mismo para estrecharlos contra su corazon, cubriéndolos de caricias; y en seguida, abrazando con ternura á Doña Beatris, sin esperar mas y con la mayor velocidad que le fué posible como el que tiene un peso horrible en el corazon, que espera poder arrojar pronto en la playa, ó como el que huye de un cruel fantasma que lo persigue, así D. Pedro se alejó veloz de su hogar que dejaba cubierto de luto y de llanto, llevando en el corazon el extraño presentimiento que en otras ocasiones no habia sentido; de que tal vez el que salia lleno de vida de aquella casa, no volveria á entrar en ella, ó bien regresaria hecho ya un cadáver.

¡Qué cruel debe ser con semejantes presentimientos emprender cualquier empresa! ¡Cómo debe amilanar tal imágen llenando de pavor el alma!

El que sabe sobreponerse á esto, no hay duda que es un grande hombre, porque las preocupaciones tienen generalmente tanta influencia en el individuo, que muy amenudo hemos visto que ellas lo hacen cambiar las mas sérias resoluciones